



REVISTA
DE LA
FEDERACION RURAL

DIRECTORES:

Dr. DANIEL CASTELLANOS — Ing. Agr. MIGUEL CARRIQUIRY

REDACTOR: JAVIER DE VIANA



OFICINAS: ITUZAINGÓ N.º 1389

MONTEVIDEO

Dib. Luis Scarpini

Nº 1

JUNIO
1918

VOLUMEN I

No. 1

EL MAYORDOMO

De los cinco o seis perros que estaban durmiendo al sol, sólo uno se levantó al acercarse don Venancio al guardapatio de la estancia. Era un barcino viejo, reyuno, rabón, desdentado, que como por compromiso, lanzó unos ladridos, apagados, perezosos: cuestión de ponerse en paz con su conciencia cumpliendo

Y don Venancio, llegado a la enramada, es apeó.

El barcino después de unos desganados ;guau guau . . . ;guau . . . se le acercó, lo olfateó, le tomó, sin duda, olor a bueno, y fué a tenderse sobre el suelo, ocultando la cabeza entre las manos, para roncar y soñar



deber de vigilancia. Los demás, mucho más jóvenes, educados en otra escuela, ni se movie-

En un peón que dormitaba, tirado sobre unos viejos lanares, a la boca del galpón, se endormeció un tanto y dijo al forastero:

—Apeescé.

con los yaguetés y los toros montaraces de los tiempos heroicos de su juventud batalladora.

De los otros perros, los que habían hecho el sacrificio de levantar la cabeza, tomaron a bajarla y a reanudar el interrumpido sueño.

Don Venancio desprendió el cabestro, ató

su caballo a la sombra, levantó sobre los hombros las baldas del poncho y avanzó hacia el peón, que, incorporándose a medias, le tendió la mano.

El forastero, aceptando el banquito de ceibo que le ofertara el peón, se sentó; y mientras éste, obligado por los mandatos de la hospitalidad criolla, avivaba el fuego para preparar el amargo, el forastero inspeccionó, tan disimulada como minuciosamente el galpón.

Vió, en un ángulo, amontonadas y ferrumbrosas, las herramientas de labranza. Sobre la rota manquera de un arado, abría su boca una bolsa por la que había huído la mitad de su contenido de cerda. El suelo,—que sin duda llevaba días sin haber experimentado las caricias ásperas de la escoba de carqueja,—estaba sembrado de huesos, de garras, de otros desperdicios dejados por los perros en sus ilusorias cenas: porque todos los perros mostraban lamentable magrura.

Mientras el forastero observaba, entró al galpón, a paso lento, balanceándose sobre las amplias caderas, una china vejanzona, el cuerpo en forma de barril, la cara como sandía, redonda, lisa, los labios sin carne, la nariz sin relieve, los ojos sin luz; y encima de la cara, algo como desgredado vellón de una oveja criolla, negra, para mayor desestima.

Se acercó, le tendió la mano a don Venancio y con una voz perezosa como una siesta, preguntó:

—¿Usted es don Venancio Montes?

—Pa servirla.

—¿El que Basilio, mi marido, mandó ver pa mayordomo?

—El mesmo.

—Vi'avisarle... Está sestando.

Y salió, con el mismo paso indolente, balanceando el abultado abdomen.

—La patrona, —ilustró el peón mientras con todo el desgano y malhumor de su siesta interrumpida, preparaba el mate.

—¿Hum! —respondió el viejo sonriendo enigmáticamente. Y pensó.

—Casa en que la escoba duerme mientras retoza la mugre; casa en que la patrona es demasiado gorda y los perros demasiao flacos, no tiene güena pinta.

Apenas habían tomado un par de mates, cuando se presentó, arrastrando las chancletas, la camisa desbordando sobre la pretina del pantalón, desgredada la cabeza, abotagado el rostro moñetudo, un hombre alto, grueso, joven aún. Era don Basilio el patrón, el dueño de la estancia del Yermal, que supo ser famosa y que ahora se iba deshinchando,

a causa de la incuria, de la grosera haraganería del propietario.

Viendo venir la ruína, falto de energías para reaccionar, había tratado de buscar un hombre que supliese su desidia y su impericia. Ninguno mejor que don Venancio, gaucho viejo, famoso por su competencia en las faenas camperas, por su laboriosidad sin ejemplo y por su honradez acrisolada. Entregado el establecimiento en manos de un hombre semejante, él podía vivir tranquilo, comer hasta hartarse, beber hasta regoldar la caña, dormir a pierna suelta.

Al aproximarse a don Venancio y en el instante en que, comprimiendo un bostero iba a darle las buenas tardes, un cachorro enorme le acarició las piernas con sus manitas escudilladas. El, sin mirar, le asestó un feroz puntapié en el hocico. El perrito dió una vuelta en el aire y escapó ladrando lastimosamente.

—¿Lo habrán enterao de la causa el cómo?

—Sí, señor...

—Yo l'entrego l'administración de tuito el establecimiento. Usted manda, usted vende, usted vende y compra... hace tuito como si juese dueño, porque yo ya estoy muy magro y muy pesado...

Había sacado de detrás de la oreja un pucho liado en chala y dijo, dirigiéndose a un chico haraposo que, junto al fogón, se hurgaba la nariz, mirando al forastero:

—Alcanzame un tizón.

Obedeció el pequeño. Don Basilio quiso encender el pucho, pero notó que el tizón estaba apagado y lo arrojó violentamente a la cara del chico, quien, al igual del perro, pegó un brinco y escapó dando alaridos.

En seguida, muy tranquilo, el estanciero prosiguió:

—En cuanto a las condiciones...

—Al fiudo ponerlas, —respondió el viejo, levantándose. —No me conviene el negocio. Y antes de que el patrón hubiera podido salir de su asombro, don Venancio se despidió, ensillaba a prisa y partía.

Mientras se alejaba, al trote, rumbo a su humilde rancho, monologaba:

—No; no me conviene; con gentes que a más'e ser más haraganas que un lagarto, castigan sin motivo a los perros y a los machos, no me conviene acollarme... No me conviene... Más tarde o más temprano tendría que cortar la collera de un tejo... Y puede que se me refalase el cuchillo y cortarse al mismo tiempo un pescuezo...

JAVIER DE VIANA